

Capítulo 44 - - Luces Pálidas

- [Capítulo 44 - - Luces Pálidas](#)

Capítulo 44 - - Luces Pálidas

Los bosques alrededor de Cantica habían sido despejados, dejando sin refugio verdadero cerca de la empalizada.

En cambio, los cinco se reunieron alrededor de una hoguera medio abandonada, a unos treinta pies de distancia, aproximadamente al oeste del pueblo. Había un hábil enrejado sobre ella que Ferranda dijo que era para ahumar carne, y todos sintieron un ligero cardenal por la sola idea de qué clase de carne podría ser esa. Se decía que los demonios preferían comer hombres mientras estaban vivos, pero no estaban por encima de devorar cadáveres. Independientemente de ese horror subestimado, la pausa era muy bienvenida. Todos estaban cansados y sin aliento, en urgente necesidad de un descanso.

No era solo por eso, porque ahora que el enemigo se había perdido de vista, los juramentos de Angharad se pusieron a prueba.

—Esto fue un terrible error, Tredegar— soltó Shalini con dureza—. Tú—

—Ella no prometió nada, Goel— intervino Lan—. Nuestro buen señor prometió devolverme sana y salva, ¿verdad?

La Tianxi señaló la herida en su cuello.

—Él la dejó fuera del juramento antes de que siquiera aceptara hacerlo.

Las miradas se dirigieron a ella y Angharad encogió los hombros.

—Esperaba que notara el detalle y modificara la redacción— admitió—. Acepté porque el juramento era fácil de anular en cualquier caso: simplemente podíamos alertar a la Guardia de que uno de los acusados fingió su muerte, y señalar a cada otro fallecido de la manifestación de Bluebell y especificar que no era ninguno de ellos.

Mientras Augusto no fuera mencionado explícitamente, el juramento no se violaba.

—Vaya— dijo finalmente Shalini—. Él fue quien pidió esa redacción, me sorprende que no pensara en eso.

—Estaba muy nervioso— les contó Lan—. Mucho más de lo que pensaban. Seguía hablando solo y los cultistas evitaban estar cerca de él.

—No creo que su contrato lo sanara— dijo Song—, y eso atrajo atención inmediata.

Angharad sabía más que la mayoría sobre el pacto de la Tianxi, pero ya todos habían deducido que esos ojos plateados le otorgaban comprensión sobre el funcionamiento de los espíritus.

—El Ojo Rojo, es un dios de la alimentación— continuó—. Cuando Felis hizo un trato con él, su herida no fue sanada; la cerró con un cristal rojo que se alimentaba de su cuerpo. ¿Por qué Augusto Cerdan lograría un mejor trato, si habría negociado desde una posición aún más precaria?

—Tenía un agujero en el cuerpo, Song— dijo Ferranda con franqueza—. Ya no lo tiene.

—No creo que eso sea exactamente cierto— replicó la Tianxi—. Creo que sus heridas todavía están allí, pero que puede llenarlas— aunque, como el Ojo Rojo, debe seguir alimentándose para que no se vacíen.

Lan silbó suavemente.

—Entonces, el viejo dios es un usurero— dijo—. Nuestro muchacho Augusto tiene que seguir, no sé, comiendo carne humana para que lo que le creció no se marchite. No es de extrañar que piense que la Guardia le volará la cabeza si lo atrapan.

—Algo así— asintió Song—. Imagino que su pacto le permite alimentarse con un toque, si los cultistas temen acercarse.

—Entonces, deberíamos tener cuidado y evitar acercarnos a él— comentó Angharad.

—Lo dices como si no planearas matarlo antes de que termine la noche— dijo Ferranda—. Aunque debo admitir que no estoy segura de cómo evitarías cumplir los términos del acuerdo.

—Ese juramento parece bastante claro— coincidió Shalini, levantando una ceja—. ¿Tredegar?

Los términos eran simples, eso era cierto. Ella debía abstenerse de causar violencia contra Augusto Cerdan, ni permitir que sus compañeros hicieran lo mismo, ni intentar detenerlo o dejar que sus acompañantes lo hicieran, hasta que pasaran veinticuatro horas. Solo que él no pensó en anclar el juramento en eso.

A lo lejos, la noche se iluminaba con truenos.

No, ella se dio cuenta. No eran truenos. Eran cañones. Y el estruendo ensordecedor dentro de Cantica revelaba exactamente en qué estaban siendo enfocados, sembrando fuego y gritos. Los cinco se quedaron quietos, como conejos ante un lobo, mientras el bombardeo comenzaba en serio al norte de la ciudad. Por donde se dirigían.

“Esas son municiones guchui”, habló finalmente Song en medio del silencio.

Shalini respiró con fuerza.

¿“¿Cáscaras de trueno?”? dijo. “Pensé que las Repúblicas controlaban muy bien ese tipo de armamento.”

“Las venden a la Guardia”, dijo Lan, con una extraña certeza. “A veces, las cajas permanecen en los almacenes de Sacromonte hasta que pueden distribuirlas a la fuerza de guarnición adecuada.”

Angharad pudo sentir la letra mayúscula en Guardia, incluso en Antigua. No sin motivo, pues aunque las compañías libres de la Guardia componían la mayor parte de su número, el consejo gobernante de los negros, el Concilio, comandaba la cifra más grande de soldados con capuchas negras. Debían hacerlo para proteger sus territorios Trebianos y cumplir con sus obligaciones bajo los Acuerdos de Iscariote.

Las tropas de la Guardia eran consideradas de segunda categoría frente a los hombres de las compañías más glamorosas, sabía Angharad, pero eso solo significaba tanto. Ser mordida por un perro en lugar de un lobo no era mucho más amable con la mano.

Le vino a la mente a la noblewoman unos momentos después que Lan, dada su origen poco digno, podría estar tan segura porque había participado en el saqueo de la Guardia. Era algo embarazoso que le hubiera llevado tanto tiempo darse cuenta, pero, a pesar de los extraños costumbres sacromontanos, debía admitir que Lan no actuaba como ella había imaginado que lo haría una criminal. Ella era limpia y bien articulada, no alcohólica ni desordenada constantemente, y, por lo que pudo notar Angharad, no mentía constantemente.

Sería un estiramiento llamarla una mujer honorable, pero Angharad dudaba en decir que era siquiera la mitad de detestable que Augusto Cerdan, a quien una vez, de manera tan irreflexiva, le había concedido la presunción de honor.

“Si la Guardia está bombardeando Cantica, será para debilitar a la oposición antes de que la asalten”, dijo Shalini. “Eso significa que tienen tropas en camino, probablemente desde Tres Pinos.”

“Lo que indica que podríamos refugiarnos con ellos si nos dirigimos al norte”, dijo Lady Ferranda. “Esa parece la opción más prudente que nos queda.”

“Ese camino nos lleva junto a la puerta trasera”, dijo Angharad. “Los demás intentarán evacuar por allí; me parece que podríamos intentar unirnos en el camino.”

Había esperado tener que pelear con algunos de los otros por esto, en particular Shalini y Ferranda, pero ambas estaban bastante de acuerdo con la sugerencia. Zenzele todavía estaba con los demás, se dio cuenta después de un momento. Pero fue Lan quien objetó, aunque con palabras cuidadosamente preparadas para no ofender.

“No pretendo quedarme demasiado tiempo”, aseguró Angharad. “Solo quiero averiguar si podemos aumentar nuestro número en el camino hacia el norte.”

“Habrá muchas ratas tratando de abandonar ese barco que se hunde, Lady Tredegar”, advirtió Lan. “Es tan probable encontrarnos con enemigos como con aliados.”

Era cierto, ella lo sabía, pero valía la pena intentarlo. Como todos, excepto Lan, compartían su opinión, no hubo más debate y partieron rápidamente. Cantica no era tan grande como para tomar

mucho tiempo atravesar la ciudad, y ya estaban en el lado correcto para llegar a la puerta trasera. Solo fue cuestión de unos minutos recorrer el camino entre la hierba amarilla, con las armas en mano y los ojos atentos. La puerta trasera estaba cuidadosamente oculta desde el exterior, disimulada como parte de la empalizada, pero su grupo tenía la ventaja de tener a Song entre ellos, por lo que Angharad apenas se preocupaba por encontrarla.

Ni siquiera eso fue necesario, ya que al llegar no pudieron equivocarse: la puerta estaba abierta de par en par.

Con la vista escudriñando el entorno, Angharad no encontró más que una vasta extensión de hierba amarilla vacía, desde el borde del bosque al oeste hasta la empalizada al este. El terreno abierto se extendía hacia el norte en una curva amplia hasta llegar a la continuación del camino de tierra batida que llevaba al puerto de Tres Salices. Dentro de la ciudad, más allá de la empalizada, podían oír el rugir de las llamas y el disparo ocasional, pues el bombardeo de la Guardia seguía demolando Cantica con méthode.

“Quizá la dejaron abierta después de que Augusto los dejó entrar”, dijo Lady Ferranda.

“Huele a emboscada”, gruñó Shalini, negando con la cabeza.

“No hay señales de nuestros compañeros”, dijo Lan. “Debemos seguir adelante”.

Angharad vaciló. No le gustaba mucho esta situación, igual que a Shalini, pero un campo vacío no era motivo para dejar a los compañeros atrás. Al menos podrían-

“Movimiento”, dijo de repente Song, levantando su mosquete.

Solo que ella no miraba hacia la puerta abierta, sino hacia el bosque, pensó Angharad.

De allí salía un grupo de cabecillas cultistas a toda prisa, dando la intención de salir corriendo.

—

No sabía cuánto tiempo había quedado allí en la oscuridad, con solo una linterna con la puerta cerrada como compañía, pero sintió un alivio cuando alguien alzó el cuello más allá de la trampilla.

“Espero que estés abajo, porque si no tendré que soltarlo y no estoy seguro de que vaya a vivir”, gritó Maryam.

“Por favor, no lo hagas”, croó Zenzele Duma. “De verdad voy a morir”.

Vaya, pensó mientras se levantaba, el malani había sobrevivido, qué sorpresas.

“Lo admito”, respondió Tristan, “aunque empezaste con la espada en la espalda, pensé que Tupoc te mataría”.

“Deja de burlarte de él y ayúdame a bajarlo de esa escalera”, dijo Maryam. “La última bomba cayó a solo unas calles, no quiero quedarme aquí fuera más tiempo”.

Abrió las persianas de la linterna y se acercó para brindar ayuda, como le habían pedido. Y sin duda se necesitaba una mano, porque Zenzele Duma parecía haber sido arrojado por una colina de cuchillas. Ya no llevaba su abrigo y su camisa estaba desgarrada por completo, revelando una herida grave en el vientre y un profundo corte que atravesaba de un lado a otro del torso, llegando justo debajo de la hollow de su cuello. Tristan pensó que uno de sus brazos podría estar roto, ya que usaba solo uno para bajar por la escalera, pero pronto comprendió que en realidad era porque el malani sostenía algo en su mano.

Solo cuando Zenzele se giró para ser ayudado a bajar los últimos peldaños, Tristan vio la herida peor de todas: su ojo derecho había sido desgarrado, con una violencia que debía haber sido el trabajo de clavos y no de una cuchilla. Tristan tragó saliva.

—No es una vista nada agradable, ¿verdad?—rió débilmente Zenzele—.Y ni siquiera maté al desgraciado mientras él bien pudo haberme matado a mí, si los cultistas no hubieran llegado buscando por lo de los disparos de Cozme. Eso y la invaluable ayuda de Lady Sarai, desde luego.

—Llámame Maryam—dijo ella al bajar por la escalerilla, cerrando la trampilla tras de sí—. Supongo que ese juego finalmente ha llegado a su fin.

Ella echó un vistazo al Malani, no con dureza, pero tampoco con mucha amabilidad.

—Y fue pura suerte, Duma—continuó—. Si no hubiese dado con ellos por mí misma, no habría doblgado el paso y te habría encontrado tirado allí.

Tristan ayudó al hombre a bajar y a sentarse contra la pared, aún aferrando algo en la mano.

—Para la próxima, intenta apuñalar primero la cabeza—sugirió Tristan—.Funciona mejor que por la espalda.

Zenzele convulsó, soltando un suspiro bronco y entrecortado.

—Dios durmiente, Tristan, no me hagas reír—dijo—Creo que eso hace que me sangre por dentro.

El ladrón, con misericordia, le ahorró más entretenimiento, al notar que Maryam le miraba con una ceja levantada.

—Sí, logré obtener algo de él—murmuró Zenzele—. Lo recordará.

Finalmente, el hombre de piel oscura soltó su agarre, sonriendo mientras mostraba el ojo en la palma de su mano. Estaba cortado y rojo, pero Tristan había visto esa palidez inquietante con suficiente frecuencia como para reconocerla. Era el ojo de Tupoc Xical, estaba seguro de ello. Zenzele balbuceó ininteligible después, mirando al vacío mientras se hundía contra la piedra.

—Menea entre cosas—dijo Maryam—.¿No tendrás algo para el dolor?

—Limpieza—dijo Tristan—. Puedo limpiar algunas heridas y vendarlas, al menos.

—Por favor, hazlo—pidió ella.

Sus ojos azules se deslizaron hacia la esquina, donde las sombras cubrían parcialmente el cuerpo de Cozme. Zenzele había estado demasiado fuera de sí para notarlo.

—¿Conseguiste lo que querías?—preguntó Maryam en voz baja.

—¿De él? Suficiente—respondió él.

A la tenue luz de la linterna, los matices y colores que reflejaban en ella apenas parecían los de una mujer—como zafiros tallados en mármol, demasiado angulosos como para haber nacido y no esculpidos.

—Pero, ¿conseguiste lo que querías?—preguntó nuevamente.

Él exhaló lentamente.

—Aún no está terminado—afirmó—. Quedan cuatro antes de cerrar esta cuenta.

Ella suspiró.

—Supongo que era demasiado esperar que ya lo hubieras terminado—dijo Maryam—. ¿Intentarás con Augusto?

Tristan se encogió de hombros.

—La Guardia ya lo tiene marcado para la muerte—dijo—. No veo necesidad urgente de apretar el gatillo yo mismo.

—Así que también puedes aprender—dijo ella secamente—. Qué prometedor.

El ladrón se lamió los labios, inseguro de qué debía decir, pero convencido de la necesidad de hablar.

—Antes—comenzó—. Cuando te dejé atrás, yo—

—No me interesan las excusas—le interrumpió Maryam—. Lo que pasa es que entiendo las demandas que el pasado puede imponernos, así que dejémoslo así. Si tus acciones te traen tristeza, Tristan, no las repitas. El pasado es un ente muerto.

Pasó una mano por su pelo, sintiendo un cansancio profundo.

—No voy a justificar ni a excusar—finalmente dijo Tristan—. Pero cuando vaya tras el segundo nombre, lo haré de manera que no tenga arrepentimientos.

Ella lo observó por un momento.

—Mi madre siempre decía que ninguna cantidad de arrepentimientos construirá un mojón, pero ella era una mujer dura—dijo Maryam—.Demasiado dura, en ciertos aspectos. Por eso, sus hombres la entregaron a los Malani al final.

Apenas se atrevió a respirar, pues nunca antes Maryam había pronunciado una sola palabra acerca de su pasado.

“Es importante, que te arrepientas,” dijo ella. “Pero solo hasta cierto punto. Recuerda eso la próxima vez que te encuentres en la misma encrucijada.”

La mujer pálida alcanzó su bolso, reclamando algo en su interior, y se lo ofreció. Incluso en esa luz temblorosa, Tristan no pudo confundirlo con otra cosa: la pistola de Yong, el mango apuntando hacia él. La misma que había dejado en el barro cuando persiguió a Cozme.

La rata tragó, lamiéndose los labios agrietados.

“Lo recogiste tú,” dijo en voz baja.

Maryam se lo presionó en las palmas, cerrándole los dedos alrededor.

“Una sola vez,” advirtió.

--

Antes de que Angharad pudiera siquiera abrir la boca, Lan huyó.

Por el mismo camino por donde habían llegado: hacia el sur, tan rápido como sus piernas pudieran llevarla. La noble vaciló, luego se acercó a ella, observando a los demás. Song la tomó del hombro.

“Debemos regresar a la ciudad,” dijo. “Ahora.”

Angharad abrió los ojos en asombro. Existía una valentía, y luego existía la imprudencia. Si todos estaban huyendo de Cantica, entonces quizás había demonios dirigiéndose a esa misma puerta trasera en ese preciso momento. No era la única que pensaba en esa locura. Los cultistas los estaban alcanzando, aunque aún estaban lejos. Al menos una docena, todos corriendo.

“Eso nos va a matar,” dijo Shalini. “Cada segundo que no corramos hacia el sur-”

Un disparo resonó y todos se sobresaltaron.

“¡Al pueblo!” gritó Song. “No podemos quedarnos en abierto.”

Con el corazón en la garganta, Angharad dio la vuelta y vio exactamente lo que temía: Lan yacía en el suelo. Ella era el blanco de los cultistas. Aún se movía, luchando por levantarse, pero el disparo claramente la había alcanzado.

“No lo hagas,” empezó Song, pero ella ya corría.

Vio por delante y giró bruscamente a la izquierda para evitar ser herida en el abdomen, mientras Song le metía un disparo en la cabeza al tirador en un parpadeo. Sus piernas ardían, pero seguía corriendo, echando un vistazo de nuevo. Debía agacharse, deslizando sus botas sobre hierba muerta para evitar otro disparo. Song recargaba, incapaz de silenciar al enemigo dos veces en tan poco tiempo.

Lan se volvió hacia ella, con el costado sangrando, y se arrodilló. Angharad volvió a levantarse, echó otro vistazo, y vio el disparo antes de que ocurriera.

“¡Du-”

La bala le atravesó la mejilla a Lan, como si una mandíbula invisible hubiera mordido carne y hueso, y fue una muestra de misericordia que el impacto la hiciera girar. La poca memoria de esa muerte que Angharad acababa de presenciar, no la olvidaría fácilmente.

“-rk,” susurró con náusea.

“Regresa, maldito tonto,” gruñó Song.

Iban hacia la puerta, las tres, pero solo Shalini mantenía la vista fija en ella. Song y Ferranda tenían sus arcabuces en mano, disparando a los cultistas y cubriéndola. Tres miembros del bando enemigo se habían separado para perseguirla, vio Angharad, pero ella era más rápida. Sus piernas eran más longevas. La dejó atrás, uno de los cuales fue alcanzado en la pierna por Ferranda, y Song abatió a otro mosquetero vacío sin un pestañeo.

La alcanzó justo cuando llegaban a la puerta trasera abierta, los muertos siguiéndole los pasos. Shalini les guiaba uno tras otro, con serenidad en la mirada. Angharad la pasó, sintiendo una mano en su espalda, y la someshwari se movió con tanta rapidez que apenas la alcanzó. Un latido, luego humo salió en grandes nubes y Shalini tenía en las manos dos pistolas.

Dos cultistas cayeron muertos, mientras los demás tropezaban con ellos, y la Someshwari cerró de un golpe la puerta tras ellos. Luego la encerró con llave mientras Angharad tambaleándose avanzaba, jadeando por el miedo, la carrera y por la compañera a la que no había logrado proteger. Si hubiera sido solo un poco más rápida, si hubiera ajustado más con la puntería al deslizar la escopeta para evitar... Ferranda apretó su hombro con suavidad.

“Lo intentaste,” dijo la infanzona. “Mantén la vista en alto, Angharad. Aún no estamos fuera de peligro.”

Ella tragó saliva, apartando a la otra mujer, pero una mirada a su alrededor le reveló que Ferranda Villazur tenía razón.

Aún no estaban a salvo, porque frente a ellas, la calle de Cantica ya no era más que un camposanto de cadáveres.

La visión de aquella silenciosa expansión de muerte le infundió un temor mayor que el sonido de los cultistas intentando abrir la puerta trasera, golpeando con los puños y descargando sus

mosquetes. No era el bombardeo lo que había causado esto, todos podían verlo claramente. Los montones de vacíos y demonios habían sido eliminados de la forma más dura, partidos, cortados y perforados. Algunos demonios aparentaban tener el torso aplastado, los restos eran repugnantes a la vista.

“Manes,” suspiro Ferranda. “¿Qué habrá hecho esto?”

En la distancia, un grito agudo cortó el aire, como el sonido de alguien caminando sobre vidrios rotos. Todos se estremecieron.

“Lo que sea que fuera, ya no está aquí,” dijo Song. “Lo mejor sería irse antes de que vuelva.”

En la distancia, otra explosión iluminó la oscuridad al impactar en Cantica. El bombardeo amainaba, pero aún no terminaba.

“Debemos abandonar esta ciudad,” dijo Angharad, y luego suspiró profundamente. “Otra vez.”

“Entonces, las puertas principales,” dijo Shalini. “No creo que nuestros amigos afuera vayan a dejarnos pasar.”

Como si estuviera de acuerdo, un cultista volvió a disparar contra la puerta. Aunque, pensó Angharad, ninguna escopeta ayudaría en ese caso. La puerta era gruesa, de madera maciza. Curioso que desperdiciaran pólvora en eso, cuando era evidente.

“No veo mejor plan que ese,” finalmente dijo Song. “¿Ferranda?”

“Suenan mejor que unirnos a ellos,” contestó la infanzona, mientras señalaba los cadáveres.

Partieron lo más rápido y en silencio posible. El camino más veloz sería hacia el sur de la calle principal, pero era demasiado probable que los encontrara una pelea allí. Optaron por evitar dos calles y seguir por otras, aunque les llevara más tiempo con todos los desvíos. La mayor parte del pueblo ardía, ahora, y apenas necesitaban una linterna para ver. Por eso, Angharad vio a aquel hombre en el mismo instante en que él los vio a ellos.

Caminando solo por la calle, tarareando, el alcalde Crespín no tenía ninguna herida aparte de algo de ceniza en su ropa. Incluso su caparazón parecía intacto, con las nudillos apenas raspados, aunque había algo de sangre alrededor de su boca y bajo sus uñas. Los cuatro se detuvieron al verlo, y Ferranda maldijo en silencio. Angharad apretó los labios. No había fuego en esa parte de la calle, solo casas oscuras y vacías con techos de tejas a ambos lados.

“No me gusta el aspecto de esa pelea,” admitió Shalini.

Ella sospechaba, Angharad, que tendrían la opción de decidir si luchaban o no. Antes de que pudiera gritar algo, el demonio que se acercaba rompió el silencio.

“Has regresado,” dijo el alcalde Crespín, con tono confundido. “¿Por qué – no, no importa. Basta de esta inútil discusión. Cantica ha llegado a su fin, tengo que hacer arreglos.”

La mandíbula de Angharad se tensó.

“Me acercaré,” afirmó ella. “Intenta disparar, atraparlo sería nuestra mejor oportunidad.”

“Tu mejor esfuerzo,” replicó Crespín, enseñando filas y filas de dientes, “no basta.”

Se oyó un silbido agudo, y por un momento Angharad esperó que cayera una explosión. En cambio, la mano del diablo se levantó, alcanzando lo que ella comprendió era una piedra. Pulida y del tamaño de un puño pequeño, pero ciertamente una piedra. El diablo soltó un sonido divertido.

“¿Una resortera?” comentó, arrojando la piedra detrás de él. “Qué nostálgico.”

Miraba hacia el techo a su lado, y Angharad siguió su mirada. Allí había un hombre, con un manto negro. Ella vislumbró rasgos aztecas bajo el manto, luego el vigilante levantó una mano. Chasqueó los dedos, y de repente se oyó un zumbido.

El brazo del alcalde Crespín, desde el codo, el mismo que había atrapado la piedra, quedó destrozado.

El diablo gritó, sus piernas desgarrándose de su caparazón como si fuera papel, pero una sombra líquida formó un círculo con algo en su interior justo por encima de su cabeza. La mirada de Angharad se apartó del Símbolo, incluso mientras el diablo se quedaba inerte por un instante. Solo un latido fue suficiente, para que emergiera un segundo manto negro de una callejuela tras el alcalde. Portaban una lanza larga—no, un arpón. La cabeza, con pinchos.

El Símbolo sobre el diablo se disolvió un instante antes de que el arpón penetrara en su espalda.

Crespín gritó y luchó, pero el vigilante se apartó bailando. Sin embargo, el arpón no se movía, como si estuviera pegado en el aire, y el diablo quedó atrapado en él.

“Todo para ti, teniente,” dijo el manto negro.

Una mujer, Angharad la reconoció. Tenía un acento Tianxi en su modo de hablar. El resortero arriba se rió, tomándose su tiempo para colocar otra piedra en una correa de cuero en el extremo de una cuerda y balancearla. La piedra golpeó la cabeza del diablo esta vez, a pesar de las desesperadas luchas de Crespín. El teniente chasqueó los dedos y volvió a sonar un zumbido, más fuerte aún.

Un instante después, el torso del diablo quedó reducido a materia negra como compost, y Angharad tragó saliva, sin saber si sentía asco o admiración.

“Impresionante, ¿verdad?”

La noble casi saltó del susto, alcanzando su sable hasta que encontró un cuchillo apoyado perezosamente contra su garganta. Junto a ella había otro manto negro, y por los gritos de los demás, acababan de notarlo también. ¿Cómo? Estaban en medio del callejón.

“No lo pienses demasiado, Tredegar,” bromeó el manto negro, mientras retiraba la hoja, oculto bajo la capucha. “Podrías torcerte algo.”

“¿Sabes quién soy yo?” consiguió decir ella.

“Revisé el expediente del recomendado,” dijo el vigilante. “¿Se dirige hacia los Skiritai, verdad? Deberías mejorar tu vigilancia, o tal vez decidan que necesitas ser enseñada.”

“Lo tendré en cuenta,” dijo lentamente Angharad, “eso, señor?”

“Señor estaría bien,” afirmó el vigilante. “Que ustedes cuatro hayan salido adelante debería considerarse como una Prueba de Maleza cumplida, dadas las circunstancias. Felicidades por adelantado.”

“¿La Guardia ya está dentro del pueblo?” preguntó Song. “¿Siguen bombardeándolo?”

El azteca con la resortera, aquel a quien el otro había llamado teniente, saltó desde el techo y cayó en el barro con un chapoteo húmedo.

“No somos los soldados regulares, chica, solo nosotros,” dijo. “Estamos limpiando con lo peor antes de que se rompa la empalizada y comience la verdadera operación.”

Se escuchó otro de esos gritos desgarradores a lo lejos.

"Basta de charla", gruñó el teniente. "Chameli está tardando demasiado con el Santo."

"¿Hay un Santo aquí?", preguntó Ferranda, sonando preocupada.

"La sacerdotisa que comanda la banda de guerra se adentró un poco demasiado", dijo el vigilante que le puso un cuchillo en la garganta. "Útil para limpiar a los demonios, pero ella es una alimentadora. Son siempre difíciles de matar."

Song aclaró su garganta.

"Teniente", dijo, "entiendo que tiene un cargo, pero si alguna de sus escuadras pudiera - "

El caballero con capa negra y arpón, que acababa de arrancarlo de los restos del alcalde, resopló.

"¿Tripulaciones?", preguntó. "Solo somos nosotros, chica. El comandante ya sabía que sería una fuerza excesiva."

"Cinco de ustedes", dijo lentamente Angharad. "¿Cinco de ustedes hicieron lo que vimos en la entrada?"

"Se estaba poniendo aburrido en Tres Pinos", encogió de hombros el teniente. "Es bueno estirar las piernas de vez en cuando."

Eso no había sido lo que ella quería; la charla, la que parecía una señorita, le dio una palmada amigablemente en el hombro.

"Recomendaría esconderse en el oeste de la ciudad hasta que termine", dijeron. "Ya hemos limpiado esa zona. No pasen por las puertas principales."

"¿Por qué?", preguntó Angharad.

"Los regulares establecieron un campo de muerte allí", dijo el teniente. "Dispararán a vista y paciencia."

Luego silbó afiladamente, alejándose sin decir otra palabra. El arpón siguió tras él, y el Navegante nunca apareció en primer lugar.

¡Suerte!", dijo la charlatana, haciendo un gesto de despedida mientras lo seguía, caminando hacia atrás. "¡Procura no morir, tengo dinero apostado a que tú y Duma llegarán al final!"

Los cuatro quedaron allí en medio de la calle, como si una tormenta acabara de pasar. Dios Dormido, pensó Angharad, recordando aquel mar de cadáveres. Cinco de ellos. Shalini aclaró su garganta.

"¿Al oeste, entonces?", intentó.

Parecía una idea más sensata que ser disparados por sus propios rescatadores, al menos.

"Conozco un lugar", dijo Angharad.

--

Para cuando Tristan terminó de atender las heridas de Zenzele, la Malani ya estaba alerta de nuevo.

El dolor era un ancla bastante buena, y solo podía ser tan delicado cuando limpiaba heridas tan graves. Luego fue agradecido, y esa cortesía se extendió al joven lord que pretendía no ver el cadáver de Cozme en la esquina de la habitación. Tristan consideró meterlo en la cárcel en el fondo, pero Zenzele ya sabía qué planeaba y podría delatarlo si quería.

También había sido bastante divertido ver a la Malani fingir que no había un hombre muerto a unos metros de él, lo que quizás pesó más en su decisión que lo prudente.

"El bombardeo ha cesado", anotó Maryam. "Espero que la Guardia ataque la ciudad pronto."

"Ahora sería el momento de escapar, si no queremos quedar atrapados entre los huecos y los cuervos", coincidió Tristan. "Señor Zenzele, ¿se siente con ánimo para el viaje?"

El hombre dudó.

"Si me ayudas", finalmente dijo, "corremos el riesgo de que los cultistas vengan aquí a esconderse si nos quedamos más tiempo, y sin ánimo de ofender, no creo que podamos salir victoriosos en un enfrentamiento así."

Tristan, quien en los últimos días había sido golpeado brutalmente, no vio motivos para discutir ese punto. Honestamente, no estaba seguro de si Lord Zenzele no sería aún el mejor luchador, incluso en su estado.

—Podríamos enfrentarnos a un solo hollows,—dijo Maryam con firmeza.

—Dos, si son niños,—agregó Tristan.

Zenzele tembló nuevamente, con la respiración entrecortada.

—¿Qué dije,—jadeó,—sobre hacerme reír?

Fue más laborioso que difícil sacarlo de la cárcel después de eso, Maryam encabezaba el esfuerzo para arrastrarlo por los hombros, mientras Tristan se quedaba abajo para empujarle por la cintura. El ladrón salió con la linterna en la mano, mientras Zenzele se apoyaba en Maryam en busca de sostén.

—¿Debería preguntar qué le ocurrió a Cozme Aflor?—preguntó el señor Malani con indiferencia.

—lo perdí en medio del caos,—respondió Tristan con igual indiferencia,—¿quién sabe? Tal vez se haya caído por unas escaleras.

—Muy agudas esas escaleras,—murmuró Zenzele, sin decir más.

Gran parte del pueblo ardía, pero la zona sur—cerca de las puertas principales—parecía ser la menos afectada por el bombardeo. Para Tristan, aquello olía a dejar un agujero en el barril para saber hacia dónde iría el agua, aún más cuando se arriesgó a trepar a lo alto de una casa medio destruida y se quedó en el tejado para echar un vistazo a Cantica. Había un agujero en la empalizada al norte del pueblo y la Guardia parecía avanzar barrido por la calle sur, paso a paso.

Descendió para contarles lo que había visto y Zenzele hizo una mueca de disgusto.

—Están sacando a los hollows a la intemperie al sur,—dijo el Malani,—deben tener ya soldados allí, dejaron un camino habilitado para que no tengan que desenterrarlos calle por calle.

—Eso pronto será una buena noticia,—dijo Tristan,—pero mientras tanto significa que todos los hollows y demonios que queden en Cantica nos están llegando por el camino.

Un breve silencio.

—Podríamos regresar por el agujero,—sugirió Maryam con reticencia.

Zenzele Duma parecía no saber si reír o llorar.

—Eso sería aún más peligroso de lo que pensábamos,—dijo Tristan,—es un buen lugar para esperar a que pase la Guardia, y hay ex esclavos con los cultistas. Al menos algunos conocen bien el sitio.

—Ir hacia la puerta sería peor,—dijo Maryam,—todos los demás harán lo mismo.

—Podríamos intentar escondernos—

—¡Para!,—susurró Zenzele en voz áspera,—debemos escondernos ahora mismo.

Sus ojos estaban abiertos, aunque claros, y aunque parecía mirar el aire, eso no implicaba que estuviera delirando. Tristan captó la mirada de Maryam y asintió, ayudando a Zenzele a avanzar arrastrándose hacia la parte trasera de los montones de madera.

—¡Rápido, ya está muy cerca,—dijo el señor.

—¿Quién?—preguntó Maryam.

—Augusto Cerdan,—respondió Zenzele,—cuerdas negras para los tres, quiere, ¿necesita?—quizá—que estemos muertos.

Eso, pensó Tristan, sonaba como un contrato muy útil. Ni siquiera había dicho nada y aún así Fortuna lo veía sentado en un tejado, mirándolo con desprecio mientras ayudaba a guiar a Zenzele hacia un pequeño callejón sin salida tras los pilones de madera. Le lanzó una sonrisa sardónica. Si ella no quería que sintiera envidia de contratos, tal vez debería ofrecer mejores bienes.

Era una sonrisa muy expresiva, como demostraba la protesta airada de su diosa.

Aunque al ladrón no le gustaban mucho los callejones sin salida, era lo mejor que podían hacer en aquel apuro para esconderse y, si tenían que huir, Zenzele probablemente ya estaría muerto. Los dos lo escondieron detrás de un barril con agua de lluvia sucia, apoyado con la espalda en él para que sus piernas no sobresalieran, y el ladrón entregó a Maryam la linterna para que la cubriera con la persiana. Justo a tiempo, cuando todos escucharon voces apuradas acercándose.

"Está cerca de aquí, lo juro", dijo la voz de una mujer en Antigua.

Tristán se acercó sigiloso al borde del callejón, agazapado y arrojando una mirada furtiva. Cinco personas habían llegado desde el oeste de Cantica, y aunque solo lograba distinguirlas parcialmente a través del espacio entre los montones de madera, el ladrón vio suficiente. Tres hombres armados y marcados por cicatrices, cultistas. Una mujer de cabello claro, vestida con harapos y con lesiones visibles, probablemente una exesclava.

Y, como había advertido Zenzele, Augusto Cerdan.

"Será mejor que así sea", dijo Augusto. "Si desperdiciaste nuestro tiempo, quizás esto conduzca a nuestra muerte—pero te aseguro que primero llevará a la tuya."

¡Ay, los infanzones! Qué suerte tienen los demás de Vesper de poder experimentar ahora sus singulares encantos.

"Mi hermano ayudó a cavarlo", insistió la mujer. "Tendremos que arrastrarnos, pero nos permitirá pasar la empalizada."

Tristán quedó inmóvil. ¿Una especie de túnel clandestino? No, cualquier cosa de ese tamaño habría sido detectada. Más bien, una grieta por donde apretarse, seguramente ensanchada con discreción por los esclavos. Aunque el ladrón hubiera preferido que ese grupo estuviera camino a la cárcel—sería un juego de niños encerrarlos allí—él se conformaría con que le mostraran una salida de esta ciudad. Una mirada atrás le reveló que Zenzele estaba bien escondida tras la barrica y que Maryam hacía lo posible por ocultarse detrás de él.

Apenas había lugar para esconderse, incluso si hubiera tenido la intención, así que era mejor moverse.

Tristán se deslizó en silencio, apuntando tras uno de los montones de madera. Las profundidades no tenían linterna, pero uno de ellos sostenía una antorcha, que él mantuvo en alto mientras la única mujer entre ellos empezaba a palpar la base de la empalizada junto al aserradero. Cuidado de colocarse de modo que alguien que ingresara desde el norte de la ciudad no lo detectara, el ladrón se quedó esperando. Parecían poco atentos a su entorno, pero eso no significaba que no fueran peligrosos.

Uno de los cultistas susurró algo a Augusto, demasiado bajo para que Tristan lo oyera bien, y el infanzón lo miró impaciente.

"Entonces vete a mear, si quieres", soltó Cerdan con dureza. "Y hazlo fuera de mi vista, que ninguno de nosotros necesita ver ese bulto que pasa por tu pito."

Los otros dos cultistas se rieron, hablando rápidamente en un dialecto. Sin embargo, el tono era universal. Se burlaban del tercero, y no de buena manera. Los cultistas se alejaron bruscamente, enojados y frunciendo el ceño, suerte que en ese momento se les terminó. Porque cuando Tristan se dio cuenta de que el hombre se dirigía hacia ellos, pudo moverse alrededor del montón de madera y mantenerse fuera de la vista, pero en cuanto los cultistas vieron un callejón, se dirigieron directamente allí.

Y, como las profundidades ven mejor en la oscuridad, él podía asegurarse de ver a Maryam aunque no lograra distinguir a Zenzele.

¡Malditos sean!, pensó Tristan, entrecerrando los ojos y apretando su basto. Incluso si lograba noquear al hombre antes de que gritara, los demás se darían cuenta en breve. Tendrían que agarrar a Zenzele y huir de inmediato, o serían forzados a enfrentarse a una pelea que, sin duda, perderían. Solo Augusto quizás sería suficiente para acabar con ellos, con ese brutal contrato que tenía, y añadir guerreros solo aplastaría toda esperanza. Aprovechando el momento, el ladrón rodeó completamente el montón de madera mientras el cultista pasaba junto a él y terminaba en la espalda del hombre.

Al gruñir mientras se acercaba al callejón, el hombre apoyó su lanza contra el costado de la choza en la esquina y se arremangó los pantalones. Tristan lo siguió, con pasos silenciosos y el brazo en alto, justo cuando el cultista cruzaba el callejón y—

¡Lo encontré!

Y todo se fue al garete. El cultista giró para mirar atrás, atrapando a Tristan con la mano levantada, y el ladrón intentó atacar, pero ya era demasiado tarde. El hombre soltó un grito cuando la garrota golpeó a un lado de su cabeza, y se desplazó junto con el golpe, aturdido pero no inconsciente. Maldiciendo, el ladrón lanzó un golpe hacia la coronilla de su cabeza, pero el vacío levantó las manos justo a tiempo y lo derribó. Rodaron por el suelo mientras los cultistas gritaban en un lenguaje extraño.

“¡Muévete!”, gruñó Maryam.

Obedeciendo casi por instinto, Tristan arqueó el codo contra el cultista y se soltó. En un instante, Maryam atravesó al hombre con su lanza, justo en el vientre. El ladrón se puso de pie de un salto, mirando hacia los otros mientras ella terminaba frío y resueltamente con el hombre moribundo, y detectó que se acercaban problemas. Los otros dos cultistas se dirigían hacia ellos, Augusto empujándolos a un lado para tomar la delantera.

“¿Eres tú, rata?”, preguntó con tono desafiante.

“Tenemos que distraerlos,” susurró Tristan a Maryam. “Quizá puedan salvar a Zenzele.”

Ella asintió.

“Señor Augusto,” llamó Tristan, sonriendo con encanto. “Qué coincidencia encontrarnos aquí. En realidad, esperaba—”

“Mátenlo vivo,” ordenó Augusto a los cultistas. “A menos que prefieran que acabe con alguno de ustedes yo mismo.”

Ambos hombres parecieron disgustados por la amenaza, aunque más temerosos que enojados.

“Creo que hemos comenzado con el pie izquierdo,” dijo Tristan, alejándose del callejón. “Yo, eh, les dejo a sus asuntos. Buena suerte, mi señor.”

Maryam levantó la lanza, que parecía dominar lo suficiente para manejarla, y se retiró con él mientras se acercaban los Hollow. Ambos estaban armados, sin duda mejores combatientes. Lo más prudente sería huir ahora; además, eso los pondría en marcha sin detenerse a mirar—

Un último quejido ahogado y tos fue lo que quedó del callejón, y Tristan casi maldice. No había duda que los cultistas no habrían pasado por alto eso; Zenzele estaba prácticamente muerto.

“¡Idiota!”, susurró con rabia. “¿Qué fue tan gracioso como para que valiera la pena cortarse la garganta?”

“Todos están condenados,” gorgoteó Zenzele.

Un instante después, un disparo alcanzó la garganta del líder de los cultistas, salpicando de sangre la madera, y el otro apenas tuvo tiempo de girar antes de que la muerte lo alcanzara. El primero hundió su lanza, pero Angharad Tredegar esquivó el golpe como si bailar fuera, extendiendo el brazo con precisión, como si supiera exactamente dónde iría su cuello una fracción de segundo antes de que allí llegara. La cabeza del cultista cayó al suelo, su cuerpo quedó en pie un momento más, y la bailarina del espejo ni siquiera detuvo su movimiento.

Así, tan sencillo como apagar la luz de una vela.

“¿Otra vez tú?”, gruñó Augusto, retrocediendo con temor. “¿Saliste, qué estás haciendo—”

“Eso no es de tu incumbencia,” respondió el Pereduri.

No estaba solo. Shalini y Ferranda permanecían a su lado, y con la precisión del disparo previo, Song no debía estar lejos tampoco. ¿Había dejado Lan a sus compañeras? La probabilidad era alta, si es que habían regresado al pueblo. Ella era una rata demasiado astuta para dejarse convencer de eso. Sintiendo que estaban en desventaja numérica, el infanzón observó a su alrededor y encontró lo mismo que Tristan, que la mujer se había ido mientras estaban distraídos. Ya fuera que hubiera hallado su escondite o simplemente huyera, no tenía idea, pero bien por ella.

La acción más inteligente que alguien había tenido durante toda la noche.

“Sigues protegido por tu juramento,” gritó Augusto. “Tú y todos tus compañeros, incluso esos dos. Si intentas apresarme, te mostrarás sin—”

—Vamos, Señor Augusto —dijo Tredegar—. Tu voz fastidia, debo admitirlo.

La mano de Tristan se dirigió a su pistola, a la pistola de Yong, pero algo en la expresión afable de Tredegar lo detuvo. Ella no solía fingir un buen humor, cuando le negaban algo, y todos sabían lo mucho que anhelaba ver a Augusto Cerdan muerto. En lugar de eso, dio un paso adelante, junto a ella, y decidió dejar que todo se desarrollara.

Aún no parecía una acción concluida, todavía no.

—

Angharad observaba cómo Augusto Cerdan se escabullía, con una sonrisa burlona, y se preguntaba qué creía que podría conseguir yendo hacia la empalizada. En el fondo, no le importaba demasiado para preguntar. Al echar un vistazo al Sacromontano que acababa de unirse a ella, inclinó levemente la cabeza en señal de saludo, al que él respondió con un gesto similar.

—Tristan —dijo—. Creo que posees un reloj de bolsillo. ¿Podría tomarlo prestado?

El Sacromontano la observó con curiosidad, pero asintió y sacó la pieza. Era un trabajo sencillo, pero hermoso, pensó Angharad: latón pulido que se abría con facilidad. Ella ubicó la posición de las

agujas, la hora avanzada. Era las cuatro y cuarto pasadas de la medianoche. El delicado Pereduri movió con cuidado la aguja de la hora, dándole vueltas completas al reloj hasta que volvió a detenerse en las cuatro y cuarto. Agradeciéndole mentalmente a Tristan, le devolvió su reloj mientras él la miraba con desconcierto.

—Canción —dijo ella—. ¿Podría tener uso de tu mosquetero?

El Tianxi levantó una ceja, pero le entregó la arma sin preguntar por qué. Angharad la tomó, intentando recordar lo poco que sabía de manejar armas de fuego, y Song suspiró.

—Así —dijo la otra mujer, inclinándose suavemente para ajustar su postura con pequeños empujones.

Angharad levantó la pistola hasta que estuvo a la altura de su mejilla, con la culata cerca del pliegue de su codo, inhaló profundamente antes de apuntar, disparar y accionar el gatillo. La chispa de la chispera, la pólvora encendida y una humareda emergieron.

La bala alcanzó a Augusto en la parte posterior de la rodilla, aunque ella había apuntado a la pierna.

—Gracias —dijo Angharad cortesmente, devolviéndole la mosquete.

Song la miró desconcertada, abriendo la boca y cerrándola después, mientras la Pereduri la dejaba atrás y seguía a Augusto. El Cerdan gritaba y se revolcaba en el suelo, con la rodilla herida ensangrentada y destrozada. Aunque su capa cubría la herida, tiró de su espada al escuchar a Angharad acercándose. Sin decir una palabra, desenvainó su sable.

—Perra —gruñó Augusto—. Juraste una promesa, tú—.

—La cumplí al pie de la letra —dijo Angharad con suavidad—. No es culpa mía que hayas negociado mal.

Habían pasado veinticuatro horas en el reloj de Tristan; por tanto, ella estaba liberada de su juramento. Se quedó allí, pacientemente, esperando que él se levantara con dificultad sobre su rodilla machacada. La única razón por la que le disparó fue para evitar que pudiera huir adentrándose en el bosque. Con un grito gutural, Augusto Cerdan se levantó, apoyándose en su espada para sostenerse.

—Comenzaremos cuando tú decidas —le informó—. Prepárate con calma, pues nadie intervendrá, esto aún es una cuestión de honor.

Un rictus intermedio entre odio y incredulidad se reflejó en su rostro cuando comprendió que esto no era un simple asesinato, sino exactamente lo que ella le había prometido: un duelo de honor.

—Hija de puta demente —susurró—. ¿Todavía estás hablando de Gascon? —

La mayoría de los expertos concordaban en que, si un adversario podía hablar sin dificultad, debía considerarse apto para luchar. Sin querer cruzar demasiado la línea, Angharad levantó lentamente su espada en un movimiento suave, como una advertencia que Augusto acató. Gritando, se lanzó a ella. El hombre era fuerte y, por la forma en que sostenía su espada, había sido entrenado en esgrima, aunque estaba herido y al rojo vivo.

No importaba: incluso en su mejor momento, no habría duda sobre el desenlace.

Angharad esquivó su golpe, con el abrigo arrastrándose tras ella, mientras sus pies tambaleaban y dirigía su golpe hacia la espalda del hombre que tropezaba. Cortó a través de su capa y ropa, incidiendo en músculo y hueso, y Augusto cayó con un grito. Se movió alrededor de sus golpes, con cuidado de no tocarlo. Song había dicho que solo se requería su contrato para ser utilizada.

—No puedes—gruñó Augusto—. Prometiste, Tredegar, lo prometiste. Tienes que dejarme ir, Malani no puede simplemente mentir—

El filo de su sable atravesó su garganta con un golpe limpio.

—Pereduri—corrigió Angharad con fría dureza—. Como una vez le dijiste a tu hermano, hay una diferencia. Si hubieras creído en tus propias palabras, quizás habrías sobrevivido a esto.

Arrancó su espada, con la cual acabó con la vida del infanzón.

Angharad no hizo una reverencia con la espada, pues el cadáver no merecía tal honor, pero revisó sus bolsillos y dejó caer su última mano de monedas sobre su pecho, como era costumbre. Esa era la verdadera elección, ¿no? El Pescador pretendía que solo había blanco o negro, que podía seguir el camino de su padre hasta la tumba o condenarse por completo a su destino, pero esa no era la verdad.

No un saludo vacío, sino cobre para la sepultura.

Esa era una elección, igual que cuando ella pronunciaba las palabras exactas. Juzgar quién merecía honor en espíritu y quién en carta no era un precipicio por el que cayera, ni una enfermedad o una adicción. Era simplemente una decisión. Nada místico. Y tal vez algún día, el odio y el miedo desgarrarían su fe, y el recuerdo de los gritos en el viento la llevaría a abandonar su honor por un juramento ruinoso, pero eso no era excusa. Sabía mejor.

Esa fue la primera y última lección del baile espejo: luchar contra uno mismo es perder.

Por eso no se añadía ninguna banda después del décimo, por muchas veces que uno bailara con el espejo. El suyo no era el orgullo de los espadachines de Malani, que cada línea representaba una victoria, sino una declaración más sencilla. Ser un maestro de la espada era prevalecer sobre otros; bailar con el espejo era prevalecer sobre uno mismo. Superar tus límites, tus debilidades. La décima vez que bailaste con el espejo bastaba para demostrar que habías elegido tu camino y que lo recorrerías hasta que el destino te encontrara.

Cuando comenzaba el baile, la derrota empezaba a caminar hacia ti desde el otro extremo del camino. No había forma de saber cuándo te encontraría, dónde y con quién te enfrentaría, pero ¿qué importaba eso? El espejo siempre ganaba, eventualmente. No podías vencerte a ti mismo para siempre, igual que no podrías vencer a la marea y la tormenta. Pero lo importante no era el final, sino la lucha.

Y Angharad, al sheathear su sable, decidió que aún tenía en ella la fuerza necesaria para luchar.